

COMENTARIO

ALEJANDRO FOXLEY

(CIEPLAN, Chile)

En la discusión de hoy han surgido —a mi juicio— dos grandes familias de temas. Uno, planteado por Manuel Antonio Garretón, se refiere a la movilización social y a sus éxitos y fracasos; el problema principal en esta línea es la transición y el cambio político hacia la democracia. El segundo tema de reflexión, representado por los otros dos trabajos, se refiere a los problemas de la consolidación democrática y de las condiciones de gobernabilidad de la nueva democracia.

La pregunta que se hacía Garretón es por qué en Chile la movilización social logra tener una gran presencia en cuanto movilización simbólica o expresiva y, al mismo tiempo, encuentra serias dificultades para pasar a una etapa más instrumental, para llegar a constituirse en una movilización política capaz de cambiar las condiciones del régimen autoritario. A mi juicio, aquí nos encontramos con el problema del modelo de articulación de los partidos con las organizaciones sociales. La relación tradicional entre partido y organización —me refiero particularmente al caso chileno, en el cual los partidos se estructuran como una clase política cerrada que se autoalimenta— se da históricamente como una relación en la cual el partido va hacia la organización social buscando el voto y ofreciendo en reciprocidad una cierta influencia clientelística en los mecanismos de decisión estatal. Entonces, lo que ocurre con la emergencia del régimen autoritario es que los partidos siguen haciendo lo que saben hacer, que es reclutar militantes. Se dirigen a los sectores poblacionales con la idea precisamente de escoger, entre los emergentes dirigentes sociales, a aquellos que podrán constituirse en dirigentes políticos, y les ofrecen salir de ese mundo “de afuera” e ingresar, muy imperfectamente, en el mundo de “los de adentro”. Esto es, el partido ofrece un mínimo cauce de movilidad social, y en ese sentido responde a una demanda de integración. Pero naturalmente esto genera en el poblador que no fue escogido como dirigente una instantánea distancia hacia el reclutado, porque éste adquiere el estilo del dirigente político.

Por otra parte, una vez que ha sido escogido como dirigente político, éste no puede hacer lo que hacía anteriormente, el doble juego de manipular a la base social

poblacional y ofrecer de vuelta algún beneficio específico. Es un dirigente poblacional que se distancia de su medio, que manipula, pero que no entrega el beneficio recíproco que de él se espera. Entonces, el intento de reconstitución celular de la relación partido-organización social se convierte en una relación fracturada, una relación que no se reconstituye. Se da así, por un lado, la frustración y el fracaso de los partidos en su intento de captar la vitalidad del movimiento social; y, por otro, se da una política peculiar de los “sectores poblacionales”, que se expresa en un fuerte sentido comunitario, con una gran agresividad hacia el mundo de “los de adentro”, en el cual incluyen a los partidos políticos. Y curiosamente, la Iglesia juega un rol sustitutivo del partido político, porque no entra en esta relación manipuladora y tiene la posibilidad de amplificar la expresión comunitaria simbólica que constituye la forma política de estos sectores.

¿Por qué esta movilización no llega al plano instrumental, a esa dimensión reivindicativa que está en la base de la demanda poblacional? Como lo han dicho muchos, se trata de unos pobladores sin Estado, sin interlocución en el sentido tradicional. Es un juicio válido, pero que a mi parecer no explica suficientemente el fenómeno. Es cierto que se trata de pobladores sin Estado, pero viven en un territorio donde existen instituciones públicas descentralizadas, con las cuales estos pobladores parecen incapaces de establecer una relación reivindicativa o participativa. Llama la atención en la discusión que ha habido hasta ahora la ausencia del tema municipal. Aunque no exista el Estado populista, existe la institución pública descentralizada. Está allí, y por un discurso ideológico se ignora una dimensión básica, cual es que los pobladores quieren vivir mejor, y que la demanda fundamental es por cosas tan prosaicas como seguridad, pavimentación, cierre de los bares y prostíbulos, control de precios en los alimentos básicos. Esa es la realidad fundamental a la que hay que llegar y con la cual se hace la política. Los partidos no muestran capacidad para recoger esta demanda por una vida mejor, por lo menos en el sentido de traer el futuro al presente, de prefigurar de alguna manera la visión que el poblador tiene del mundo deseado.

En lo que respecta a la situación posterior, a la situación democrática, quisiera recalcar el hecho de que los pobladores son obreros sin fábrica, obreros sin huelgas. El movimiento sindical constituye para el movimiento poblacional un referente muy importante en cuanto representante de los intereses populares. El movimiento poblacional le reconoce al movimiento sindical un carácter de actor social, de actor político, que sin duda tiene. Si algo le ha ocurrido al movimiento sindical chileno durante el período autoritario, es que también se produce en él un movimiento de cúpula y otro de base, que tienen poca relación entre sí. El movimiento sindical de cúpula tiene mayor autonomía en su agenda democrática que la que tendría un movimiento más integrado a la base social. Con esto quiero decir que ese movimiento de cúpula es más un actor político que un actor social y, por lo tanto, su capacidad de entender los grandes temas de la política supera a veces su capacidad de entender los temas propios de la reivindicación obrera.

Lo anterior me parece clave, porque quiere decir que el

movimiento sindical de cúpula tiene —en este período previo a la consolidación— una sensibilidad especial para los grandes problemas de la reconstrucción democrática, entre ellos uno de los más fundamentales, como es la concertación de los intereses de los obreros organizados con los del sector excluido. Esto plantea una oportunidad de romper el aislamiento del sector poblacional, y la posibilidad de constitución de un actor poblacional a partir de la idea básica de que la concertación fundamental tiene que darse entre el movimiento sindical y el movimiento poblacional, precisamente como una forma de que el sector excluido entre en el sistema y logre una intermediación con el Estado.

Creo que es importante plantear esto como un tema básico dentro de lo que sería la concepción de la concertación social en un período de crisis, porque ella incluye como primer punto de su agenda el problema de la negociación entre los actores para poder pasar del modelo de la economía de consumo, que se expande ilimitadamente, a la economía de la escasez, que es la economía de la producción, del empleo, de la inversión, de la creatividad.